



Los gauchos judíos

Alberto Gerchunoff

TOLEMIA

Alberto Gerchunoff

Los gauchos judíos

Gerchunoff, Alberto

Los gauchos judíos / Alberto Gerchunoff. - 1a ed . - Gualeguaychú : Tolemia, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-3776-11-3

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. I. Título.

CDD A863

Editorial Tolemia

Urquiza al Oeste - Parada 52820 - Entre Ríos

Digitalización a eBook: Sofía Olguín

ACERCA DE *LOS GAUCHOS JUDÍOS*

A comienzos del siglo XX, la provincia argentina de Entre Ríos tenía 170 colonias asentadas en las tierras compradas por el barón Hirsh a fin de dar cobijo a miles de familias judías de Polonia y Besarabia perseguidas por los pogromos. Organizados en cooperativas, los colonos comercializaban su producción agrícola y, además de sinagogas, sostenían bibliotecas, cementerios, centros culturales y hospitales para uso de sus miembros y de la comunidad en general.

Publicado en 1910 en homenaje al Centenario de la Revolución de Mayo y nacido de la impronta montaraz de la Mesopotamia argentina, impregnada del perdurable espíritu independentista y republicano del artiguismo, de la fuerte tradición judía y las ansias de justicia y libertad de los colonos, *Los gauchos judíos* –considerada una de las cien mejores obras de la literatura judía moderna– integra, sin desentonar, la corriente literaria regionalista rioplatense, junto a obras como *Alma nativa*, de Martiniano Leguizamón, *Tierra de Matreros*, de Fray Mocho, *El país de la selva*, de Ricardo Rojas, *Tierra y tiempo* de Juan José Mosoroli, *Cuentos de la selva* de Horacio Quiroga o los contemporáneos *Don Verídico*, de Julio César castro y *La marcha de los cañeros*, de Mauricio Rosencoff.

Índice

[Génesis](#)
[El surco](#)
[Leche fresca](#)
[La lluvia](#)
[La siesta](#)
[Llegada de inmigrantes](#)
[La trilla](#)
[La huerta perdida](#)
[El cantar de los cantares](#)
[Las lamentaciones](#)
[El episodio de Miryam](#)
[El boyero](#)
[La muerte del Rabí Abraham](#)
[La lechuza](#)
[Las bodas de Camacho](#)
[La visita](#)
[Las brujas](#)
[Divorcio](#)
[Historia de un caballo robado](#)
[El poeta](#)
[La revolución](#)
[La triste del lugar](#)
[El viejo colono](#)
[El himno](#)
[El médico milagroso](#)
[El candelabro de plata](#)
[Acerca del autor](#)

Con su fuerte brazo, el Señor nos libró de Faraón en
Egipto.
(La Agada.)

He ahí, hermanos de las colinas y de las ciudades, que la República celebra sus grandes fiestas, las fiestas pascuales de su liberación.

Claros son los días y dulces las noches en que se elevan las laúdes en memoria de los héroes; hacia el cielo -blanco y azul como la bandera- suben voces de júbilo. Anímanse de flores las praderas y de verdes siembras la campiña.

¿Recordáis cuando tendíais, allá en Rusia, las mesas rituales para glorificar la Pascua? Pascua magna es ésta.

Abandonad vuestros arados y tended vuestras mesas. Cubridlas de blancos manteles, sacrificad los corderos más albos y poned el vino y la sal en augurio propicio. Es generoso el pabellón que ampara los antiguos dolores de la raza y cura las heridas como venda dispuesta por manos maternas.

Judíos errantes, desgarrados por viejas torturas, cautivos redimidos, arrodillémonos, y bajo sus pliegues enormes, junto con los coros enjorjados de luz, digamos el cántico de los cánticos, que comienza así:

Oíd, mortales..

Buenos Aires, año del primer Centenario Argentino.

Bendito seas, Señor, Rey único de todos los pueblos, por haber creado los frutos que nos da la tierra y nos dan los árboles.

(Las bendiciones cotidianas.)

Los más fuertes y más grandes varones de Judea trabajaban la tierra; cuando el pueblo elegido cayó en cautividad, se dedicó a oficios viles y peligrosos, perdiendo la gracia de Dios

(Rabussi, Alegato.)

GÉNESIS

En la sórdida ciudad de Tulchin, perpetuamente cubierta de nieve, ciudad de rabinos gloriosos y de sinagogas seculares, las noticias de América llenaban de fantasía el alma de los judíos. Cuando algún rabino forastero predicaba en el templo, cuando en los telegramas de algún diario de Odessa se hablaba de las tierras lejanas del Nuevo Mundo, los israelitas se congregaban en la casa del vecino más prestigioso para comentar con talmúdica gravedad los proyectos de emigración.

Jacobo se acordaba de esas asambleas. Era el tiempo en que las leyes excepcionales se multiplicaban en el santo imperio de las Rusias. Las picas de los cosacos demolían sinagogas antiguas y los viejos santuarios traídos de Alemania, santuarios historiados, solemnes y nobles, en cuyo remate resplandecía el bitriángulo salomónico, eran conducidos por las calles en los carros municipales. No lo olvidaba Jacobo. Evocaba las palabras de los rabinos, el llanto de las mujeres, cuando los cosacos quemaban los libros sagrados en la sinagoga mayor, donada a la ciudad por sus abuelos. Todo el pueblo se vistió de negro. Era vísperas de Schvúas. Las palmas para celebrar las fiestas de la primavera fueron enlutadas, enlutados las mujeres y los niños, y los ancianos ayunaron durante cuarenta días y cuarenta noches. Fue entonces cuando el Dain, rabí Jehuda Anakroi, hizo un viaje a París para convenir con los hombres del barón Hirsch la organización de las colonias hebreas en la Argentina. Al regresar se reunieron los judíos y el viejo doctor les pudo anunciar la buena nueva:

-El señor barón Hirsch, a quien Dios bendiga, ha prometido salvarnos y rabí Zadock-Kahn, mi compañero, le guiará en sus propósitos.

Y el Dain, con su elocuencia ejercitada en las disputas sinagogaes, describió un porvenir magnífico para el pueblo

perseguido. Su voz emocionada vibraba como en el templo al hablar de la Tierra Prometida. Con su mano, nudosa y seca de revolver los textos, mesaba su amplia barba blanca. Sus ojos pequeños y vivos se animaban de profética luz.

-¡Ya veréis, ya veréis! Es una tierra donde todos trabajan y donde el cristiano no nos odiará, porque allí el cielo es distinto, y en su alma habitan la piedad y la justicia.

Las palabras del rabí Jehuda Anakroi apaciguaron el espíritu de los tristes. Por las altas ventanas penetraba la claridad de la noche, que daba a los oyentes, flacos y míseros, aspecto fantástico. Los israelitas, sumidos en éxtasis balbucearon:

-¡Amén!

Los sábados a la tarde se reunían en la casa de Jacobo los judíos más respetables de Tulchin. Se conversaba sobre asuntos de religión y el Dain aclaraba los detalles difíciles con argumentos recogidos en las controversias memorables. La sabiduría talmúdica, la ciencia popular de las Repeticiones, las leyes y los secretos más ocultos de la Cábala, le eran familiares. Así, sus disertaciones en aquel lugar íntimo resultaban prédicas que podrían figurar en los gruesos volúmenes, escritos en la lengua arcaica de los jasidim, que llenaban su biblioteca tallada en madera de Jerusalén.

Una vez, el rabino de Tolmo hizo el elogio de España. Exaltó la bondad de su clima y recordó, suspirando, la época en que el pueblo de Israel habitó el suelo español.

-España sería para nosotros -dijo- la tierra más codiciada si sobre ella no pesara la maldición de la sinagoga.

El Dain hizo un gesto de indignación, exclamando en hebreo:

-*¡Majschemóm, izijróm!* ¡Que se hunda y que se pulverice! Yo jamás he podido recordar -continuó- el nombre de España sin que la ira me llene los ojos de sangre

y el alma de odio. Quiera Dios, en sus justos castigos, convertirla en una hoguera sin fin, por haber torturado a nuestros hermanos y quemado a nuestros sacerdotes. Fue en España donde, los judíos dejaron de cultivar la tierra y cuidar sus ganados. No olvide usted, mi querido rabí, lo que se dice en *Zeroim*, el primer libro del Talmud, al hablar de la vida del campo: Es la única saludable y digna de la gracia de Dios. Por eso, cuando el rabí Zadock-Kahn me anunció la emigración a la Argentina, olvidé, en mi regocijo, la Vuelta de Jerusalén, y vino a mi memoria el pasaje de Jehuda Halevi: Sión está allí donde reina la alegría y la paz. A la Argentina iremos todos y volveremos a trabajar la tierra, a cuidar nuestro ganado, que el Altísimo bendecirá. Recordad las palabras del buen libro: “Sólo los que viven de su ganado y de su siembra tienen el alma pura y merecen la eternidad del Paraíso”. Si volvemos a esa vida retornaremos a nuestra existencia anterior, y ¡ojalá pueda en mi vejez besar esa tierra y bendecir bajo su cielo a los hijos de mis hijos!

Así habló rabí Jehuda Anakroi, el último representante de aquellos grandes rabinos que ilustraron con su sabiduría las comunidades de España y de Portugal. Al repetir aquí sus palabras, beso en su nombre la tierra que me da paz y alegría y, como los judíos que lo oyeron, digo:

–¡Amén!

EL SURCO

El viento agita los distantes cardales. Hace frío. La mañana duerme en la pereza y una niebla muy fina vela los rayos del sol. La campiña blanquea bajo la escarcha, que se agranda como una ilusión de nieve. Más allá trabajan los vecinos y, en los momentos en que el viento calla, se oye el ruido que hace la ruedecita única del arado.

Tenemos que marcar un nuevo trozo para labrarlo. Hemos enyugado los bueyes más dóciles. Colocamos a quinientos metros un palo con trapo rojo como señal, y así haremos dos surcos, uno de ida y otro de vuelta. Trazar los surcos iniciales constituye una tarea solemne. Lo comprenden todos.

La pareja de bueyes tiene por esto un aspecto más grave. Rumian con lentitud rítmica y, quietos, esperan el comienzo, enganchados en el arado. Mas quien lo sabe mejor es el perro Barbos. El acto es demasiado interesante para que la familia quede en casa. Ahí está, pues, la madre con el jarro lleno de café con leche y las muchachas. Vamos preparándolo todo.

-¿Estamos prontos?

-Prontos.

Yo dirijo los bueyes y mi hermano guía el arado. “¡Derecha!” “¡Izquierda!” Los bueyes comprenden su misión importante y caminan con paso digno y menudo. El palo con el trapo rojo da frente a la cadena sujeta en medio del yugo, un yugo sólido de quebracho, fabricado en la carpintería doméstica en los días en que la lluvia impide trabajar en el campo.

El arado cruje. Detrás van la madre y las mozas, atentas a la obra pausada. El gurí, con su honda y su inútil rebenque, salta y grita, menos serio que Barbos. Este precede a los bueyes, cuyo andar acentúa con un movimiento isócrono de cabeza mientras menea la cola.